

mo Diderot, surgió una secta entera de pensadores más modestos y laboriosos, más atentos á las realidades inmediatas, animados sobre todo por el amor al pueblo y preocupados por el problema de la miseria que se había planteado á fines del reinado de Luis XIV y no había hallado aún solución.

Turgot¹ era uno de ellos. Este antiguo prior de la Sorbona, que había abandonado las órdenes, á pesar de las esperanzas de una brillante fortuna, para seguir sus convicciones, era el economista de la Enciclopedia, cuando fué nombrado intendente del Limosín. Hallaba ocasión de aplicar sus doctrinas y lo hizo con todo rigor y con pleno éxito. Algunos años después, en 1766, en sus *Reflexiones sobre la formación y la distribución de las riquezas*, exponía estas teorías en detalle y señalaba algunos resultados de su aplicación. Espíritu práctico y moderado, al mismo tiempo que profundo, evitó los extremos, procuró conciliar las escuelas, y fundó la de la razón. Comprendió que en aquel carcomido edificio de la vieja Francia, había que proceder sin precipitación. Sus ideas eran atrevidas; pero sus medios de acción fueron esencialmente prudentes y razonables: él mismo los resumió en su carta al rey, cuando fué llamado al ministerio: «Nada de bancarrota, nada de aumento en los impuestos, nada de empréstitos, sino reducción de los gastos á un límite inferior á los ingresos». ¿No es éste el secreto de todos los buenos presupuestos?

En el orden del tiempo me queda que nombrar á una docena de pensadores filósofos y moralistas que por haber seguido ó dirigido el movimiento intelectual y moral ó por haber escrito obras en que la forma vale con frecuencia tanto como el pensamiento, merecen ser mencionados.

Hubo varios moralistas interesantes, empezando por Malebranche².

Cierto joven médico, parado un día ante el escaparate de un librero, tomó en sus manos un libro de Descartes, titulado: *Tratado del hombre*. No conocía ni al autor ni la obra. Leyó una página, luego dos, y por último un capítulo, y quedó tan maravillado que los violentos latidos de su corazón le obligaron varias veces á interrumpir la lectura. Aquel joven se llamaba Nicolás Malebranche.

Compró el libro, se lo llevó á su casa y esto dió nueva dirección á su vida.

Era hijo de un tesorero del rey, y le habían destinado al estado eclesiástico, porque era contrahecho y de salud delicada. Había estudiado teología en la Sorbona, pero esta ciencia no le atraía y su espíritu buscaba nueva senda. Al cabo de catorse años de meditación acerca de la obra de Descartes, publicó el primer volumen de un trata-

1. 1727-1781.

2. 1637-1715.

do titulado: *Investigación de la verdad*, á pesar de la oposición de los censores reales que desconfiaban del cartesianismo y defendían á Aristóteles y la trasnochada escolástica. El éxito del libro fué grande, tanto por la elevación de la doctrina, como por el luminoso método de exposición y por el encanto del estilo. «Malebranche, decía Fontenelle, tiene el gran arte de presentar admirablemente las ideas abstractas». Su dicción tiene toda la dignidad que exigen estas materias y toda la gracia compatible con ellas. Este dulce filósofo, dado á la meditación, se halló casi inmediatamente comprometido en una ardiente polémica con todos los teólogos de su tiempo. Un tratado manuscrito *De la Gratia*, le atrajo severas críticas, por parte de Arnauld, el Doctor jansenista. Encontróse con su contradictor, en casa del marqués de Roncy, discutió un día entero, y no logró ponerse de acuerdo con él. Algún tiempo después era desterrado Arnauld. Malebranche, cediendo á sus consejos, había modificado su opúsculo, y se lo envió. Arnauld lo combatió de nuevo con no menos vigor. Malebranche apeló á Bossuet, que le devolvió su ejemplar con estas simples palabras en la cubierta: «¡Pulchra, Nova, Falsa!».

Más tarde intentó Bossuet convencerle, pero Malebranche, que no era elocuente, que rehuía la discusión por timidez, evitó el debate. «¿Queréis, pues, dijo Bossuet, amenazador, que escriba contra vos? No lo hizo sin embargo, pero excitó á Arnauld á que lo combatiese.

Otra obra de Malebranche, las *Meditaciones cristianas y metafísicas*, dió nuevo pábulo á la disputa. Arnauld le atacó con violencia pero no con éxito. Malebranche se defendió hasta la muerte del gran jansenista, y hasta combatió uno de sus escritos póstumos. Pero muerto Arnauld, le declararon la guerra otros más violentos. El profesor Régis le acusó de epicureísmo, el P. Lamy, de quietismo y los Jesuitas de espinosismo. Á todos hizo frente, pero su salud era vacilante y una entrevista con el filósofo inglés Berkeley, que vino á discutir con él su doctrina, agotó sus fuerzas y apresuró su fin. Murió en 1715.

Malebranche es el continuador y discípulo libre de Descartes; quiso aliar en su doctrina el racionalismo cartesiano, el misticismo cristiano, y el idealismo de Platón. Este esfuerzo de conciliación y de eclecticismo, le valió la crítica general y la enemistad de todos. Su moral fundada en el amor, amor al orden y amor de Dios, hizo que le apellidaran el Platón cristiano. Después de Descartes, es nuestro mayor filósofo; por la pureza, el brillo y la poesía de su estilo, figura entre nuestros

1. Nótese que casi todos los hombres de ciencia franceses figuran como grandes escritores gracias á su vigorosa iniciación en las humanidades y á la disciplina literaria, mientras que en España, según se lamentaba Forner en sus *Evequias de la lengua castellana*, sucedía lo contrario. En su época se había ya iniciado un renacimiento brillante como lo prueban Jovellanos, Meléndez y otros ciento. Por desgracia, la Revolución francesa vino á ahogar casi en germen el renacimiento español. (N. del T.)

mejores escritores. Dejó importantes trabajos acerca de la física y hasta fué poeta, á lo menos una vez en su vida, según se desprende de esta picante anécdota. Hablábale en un salón de poesía y de rimas. Malebranche declaró que no había nada más fácil, después de todo, que hacer versos. Cogieronle la palabra, é improvisó estos dos versos célebres, con que se regocijaron mucho sus amigos :

Il nous fait aujourd'hui le plus beau temps du monde
Pour aller à cheval sur la terre et sur l'onde ¹.

Malebranche era psicólogo. He aquí ahora un sociólogo.

El abate de Saint-Pierre ², el autor de *Proyecto de Paz perpetua*, era realmente el hombre que se revela en sus libros, un dulce soñador, lleno de confianza y de bondad y siempre alegre, hasta en medio de las más rudas pruebas. Sabido es que, al morir, su última palabra fué : « ¡ Esperanza ! ».

Entró en el sacerdocio por la única razón de que éste era el estado que convenía á los segundones de noble familia ; pero había nacido para ser filósofo. « La costumbre que yo había adquirido de razonar acerca de ideas claras, no me permitió, dice, razonar largamente acerca de la teología. » Vino pues á París para alternar en el mundo de los literatos, entre los que había ya muchos filósofos. Figuró en el salón de la Sra. Lambert, y como ésta « hacía académicos », entró en la Academia, aunque no había publicado nada aún. Empleó exactamente cuatro horas en componer su discurso de recepción, y cuando le hicieron observar que este trabajo debía hacerse con el mayor cuidado, respondió : — « Estos discursos, por la utilidad que reportan al Estado, no merecen más de dos horas de trabajo : yo he empleado cuatro y me parece que no se me puede pedir más. » Aceptó el cargo de capellán de Madama, madre del Regente, á fin de poder frecuentar la corte y poder observar. De esta suerte, tuvo « un palquillo desde donde podía ver mucho más de cerca á aquellos actores que desempeñan papeles en el teatro del mundo ». Este espectáculo, y más tarde el del Congreso de Utrecht (á donde acompañó al abate de Polignac), le inspiraron reflexiones que reunió en sus dos obras más célebres, el *Proyecto de Paz perpetua* y el *Discurso sobre la Polisinodía*. El segundo le valió el verse excluido de la Academia francesa, porque había negado á Luis XIV el título de grande y propuesto que se le llamase Luis el Temible. Por unanimidad, excepto el voto de Fontenelle, sus amigos se deshicieron de él y no se contentaron con eso. Como había llegado á ser poco después

1. Tenemos hoy el día más hermoso del mundo
Para andar á caballo en tierra y mar profundo.

2. 1658-1743.

jefe de otra Academia de políticos y filósofos, el *Club del Entresuelo*, que acababa de abrirse en el hotel del presidente Henault, cerraron dicho club á causa de su presencia.

Estas persecuciones no le entristecieron. Conservó sus quimeras, su inalterable calma y su alegría. La dulzura de su carácter imponía la simpatía y tuvo muchos amigos que le estimaron; siguió viviendo y murió perfectamente feliz.

La Bruyère le retrató bajo los rasgos de Mopso. Capellán de Madama, la segunda esposa de Monsieur, persona muy fea, una alemana á quien le gustaban mucho las coles con tocino y roncaba en el sermón, era torpe y tímido. Sentíase á cada paso embarazado y se maravillaba al ver la facilidad con que hablaban los demás :

— ¡ Qué lástima, decía á la Sra. Geoffrin, que no escriba Ud. lo que yo pienso !

Removió casi todas las ideas de su siglo, las expresó mal y no ha quedado nada de él. Lo mal dicho es como si no se dijera ¹.

Sus miras no eran muy elevadas y siempre se fijaba en los detalles ; pero Rousseau le leyó y utilizó mucho. Defendía la enseñanza primaria, el trabajo de los religiosos y el matrimonio de los clérigos. En literatura, dividió los escritores en vulgarizadores útiles y en discursivos frívolos; no estimaba ni el teatro ni la poesía y creó la palabra : beneficencia.

En su larga y tranquila existencia, el abate de Saint-Pierre, sólo tuvo una pasión, la del bien público, ó mejor dicho, la del bien de la humanidad. Fué tal vez el primero que emitió la idea generosa de que un hombre, francés y católico, podía pensar en la dicha de los demás pueblos. Su proyecto de paz perpetua no es tan quimérico ; el abate de Saint-Pierre renueva las ideas de Sully y de Enrique IV ; sus discusiones son tan propias de un político avisado como de un político humanitario, y la idea del arbitraje permanente internacional para evitar las guerras civiles y extranjeras, no es tan fantástica ; ha reaparecido en nuestros días.

Después del psicólogo y el sociólogo, le toca el turno al pedagogo, el excelente Rollin (1661-1741).

Hacia 1670, un religioso del convento de Blancs-Manteaux se fijó en el rostro inteligente de un monaguillo que le ayudaba á misa. Interrogóle y se enteró de que era hijo de un cuchillero de la vecindad y de que se llamaba Rollin. Habiendo observado su precocidad y su deseo de aprender, le enseñó los rudimentos y no tardó en obtener para él una

1. Esta es una verdad que olvidan muchos iconoclastas literarios que recuerdan la sátira de Bretón :

El genio por doquier se abre una senda
Y sentada esta máxima ; ¿ qué importa
Que ya ningún cristiano nos entienda ?

(N del T.)

beca en el colegio de los Dieciocho. El joven escolar hizo excelentes estudios. Á los diez y siete años sabía tanto como sus maestros. Su éxito le abría la carrera universitaria, á la que se dedicó, llegando á las más altas dignidades. En sus momentos de ocio ó cuando estaba en desgracia, pues más de una vez se vió molestadó por sus opiniones jansenistas, compuso dos vastas obras: el *Tratado de los Estudios*, y la *Historia antigua*. En el primero planteaba todo un programa de enseñanza y proponía acertadas reformas. Lo que más sorprendió en este libro, es que estaba bien escrito y se leía con gusto. Jamás se había visto un pedagogo tan encantador. Daguesseau decía á Rollin al felicitarle: « Habláis el francés como si fuese vuestra lengua natural ». En efecto, antes de él, ningún rector de la Universidad sabía hablar sino en latín. La *Historia Antigua* es una inmensa colección de anécdotas edificantes para uso de la juventud. La obra revela también á un escritor elegante, pero es puéril por su objeto. « Es, dice Sainte-Beuve, una historia para leerla durante el año de la Primera Comunión ». Ambos libros tuvieron extraordinario éxito. Rollin, tímido y modesto, esquivaba las alabanzas, dándose como simple traductor ó divulgador de ideas comunes. No tenía la menor ambición y se consideró como el hombre más feliz cuando poseyó, en la calle nueva de San-Esteban-del-Monte una casita para vivir en ella en compañía de sus libros y un huertecito para cultivarlo¹.

Si hubo algún hombre mas honrado que Rollin, fué seguramente Daguesseau (1668-1751).

Es en efecto una hermosa y austera figura la del canciller Daguesseau, el hombre mas íntegro de su siglo, y el que tuvo menos enemigos. En su familia eran tradicionales el honor y la modestia. Procurador general del Parlamento de París, no tardó en ser Canciller. Iba á Versalles en una carroza gris « tirada por dos caballos á los que con frecuencia les costaba trabajo tirar de sí mismos ». Nadie reía sin embargo, porque había en toda su persona y en su hermosa cabeza adornada por amplia peluca, cierta nobleza y honradez que imponía la admiración. Firmó toda su vida Daguesseau en una sola palabra, aunque, por su cargo, tenía derecho á la partícula. Era el hombre más sabio del mundo: « la única enciclopedia antes de la nuestra », decía Diderot. Las épocas en que estuvo en desgracia, pasó los mejores ratos de su vida en su castillo de Fresnes, entre sus amigos y sus libros. No hacía gran caso de la reputación de orador que le conquistaron sus *Mercuriales*. El día en que el duque de Noailles fué á despertarle muy temprano en su casa de la calle Saint-André-des-Arts para ofrecerle el

1. Rollin fué conocido y estimado en España. En la citada obra de Cadalso, dice un personaje...: « que la poesía es tan vieja como el mundo, y cita á Rollin ». Hay que advertir que Cadalso escribía esta obra hacia 1770. (N. del T.)

cargo de canciller, experimentó el mayor asombro, pero ni por un momento perdió la calma. Subió á casa de su hermano, refiere Saint-Simon, y le halló fumando sentado á la lumbre con bata: « Hermano mío, le dijo al entrar, vengo á deciros que soy canciller ». El otro se volvió y le dijo: « ¿ Canciller? ¿ Qué han hecho del otro? »

— Ha muerto de repente la noche pasada. — ¡ Pues bien! hermano mío, me alegro mucho, prefiero que lo seáis vós á serlo yo ».

Como canciller, Daguesseau se mostró inferior á su reputación « Se halló, dice Saint-Simon, como un ciego entre ruidos y cábalas » y se dejó dominar por Dubois. El público sufrió una gran decepción, y una mañana escribieron en su puerta: *et homo factus est*.

¿ Deseamos admirar otra noble y hermosa naturaleza, heroica sin meter ruido y esforzada sin despecho, amargura ni cansancio, á un hombre cuyo trato consolador hace que la admiración que inspira, vaya acompañada del agradecimiento? Tal es Vauvenargues (1715-1747).

La noche del 16 de diciembre de 1742, el mariscal de Belle-Isle, amenazado por un enemigo superior en número y falto de municiones, abandonaba á Praga, y empezaba, en medio de la niebla y la nieve, con un frío terrible, la famosa retirada que costó siete mil hombres al ejército de Bohemia, pero salvó su honor. Figuraba entonces entre las tropas del mariscal un capitán joven y desconocido aún, llamado Vauvenargues. El 26 de diciembre, se le helaron las dos piernas. Afortunadamente, llegaron á Egra donde el ejército pudo recobrar aliento y encontrar furgones.

El marqués de Vauvenargues pareció haberse repuesto perfectamente de aquella ruda prueba, y hasta tomó parte poco después en la batalla de Dettingen. Pero su salud se hallaba gravemente comprometida, y algunos meses más tarde tuvo que volver á Francia y presentar su dimisión. Tenía entonces veintiocho años, era ambicioso y estaba ávido de gloria; viéndose excluido de la carrera militar solicitó un empleo en la diplomacia; pero no tuvo tiempo de conseguirlo, pues un ataque de viruelas acabó con su vigor y le dejó deshecho, impotente como un anciano y casi ciego. Para satisfacer aquella necesidad de gloria y de acción que no habían podido desalentar tantas desgracias, sólo le quedaba el recurso de escribir. Esperaba hallar en las letras consuelo y honra, y tuvo razón. Vino á París, á donde le llamaba Voltaire, se instaló en un hotelito de la calle del Paon, donde vivió casi solo entre algunos libros y algunos amigos, siendo « el más infortunado y el más tranquilo de los hombres », y lleno de esa serenidad suprema que nace del exceso de los dolores.

« Clazomeno, dice (habla de sí mismo), ha experimentado todas las miserias humanas. Desde su infancia le asediaron las enfermedades y desde la primavera de su vida se vió privado de todos los placeres de la

juventud... Cuando la fortuna pareció cansarse de perseguirle, presentóse la muerte á su vista. Si se busca la razón de tan cruel destino creo que costará trabajo encontrarla. ¿Acaso se pregunta la causa de que haya años que no tienen primavera ni otoño ó en que los frutos se secan en flor? Sin embargo no se crea que Clazomeno hubiera querido trocar su miseria por la prosperidad de los hombres débiles; la fortuna puede burlarse de la prudencia de los hombres animosos, pero no puede vencer su valor. » Fijémonos en estas últimas palabras, pues en ellas estriba toda su filosofía. En estas breves líneas de tan conmovedora resignación, ha resumido la triste historia de su vida y dejado entrever esa energía obstinada que constituye el fondo de su carácter que le impulsaba imperiosamente á obrar y que en medio de sus angustias, le procuró el desquite, el consuelo, y el orgullo.

Sólo tuvo tiempo de publicar dos libros; uno, *Introducción al conocimiento del espíritu humano* y otro, *Reflexiones y máximas*. Murió, después de una agonía dolorosa, en 1747.

La segunda de estas obras coloca á Vauvenargues á la altura de la Rochefoucauld á quien combate é imita. Su talento es menos seguro y su estilo menos igual; pero La Rochefoucauld escribe á los 52 años y Vauvenargues á los 30. La nobleza de los sentimientos compensa la diferencia del talento. La Rochefoucauld, era todo ingenio y razonamiento; excita la admiración. Vauvenargues, en quien, según su expresión, « los pensamientos proceden del corazón », excita el cariño. No ha expuesto en sus obras una doctrina filosófica: sin embargo, entre sus reflexiones esparcidas acá y acullá, pueden adivinarse las grandes direcciones de su pensamiento. En cuanto á religión, Vauvenargues tiene la de los filósofos de su tiempo, el deísmo: cuando nos habla de inmortalidad, se refiere á la gloria, y no á la supervivencia del alma. Su concepción del mundo es la de los estoicos: es optimista y panteísta como ellos. La naturaleza es buena, á pesar de las imperfecciones de las cosas y de los sufrimientos de las almas. Todos los esfuerzos confusos del universo, todos los dolores de la humanidad tienden al bien. En una carta á su amigo Saint-Vincent, expone Vauvenargues su doctrina: « Los hombres, querido Saint-Vincent, forman una sola sociedad, y el universo entero, un todo; no hay en toda la naturaleza más que una sola alma y un solo cuerpo: el que se separa de este cuerpo hace perecer la vida en sí mismo ». El sabio no es pues el que se aísla y contempla, sino el que obra. La acción es nuestro fin, y la energía nuestra mayor virtud. La ambición es una pasión laudable porque nos impulsa á obrar. Los filósofos hacen mal en refrenar todas las pasiones y en imponer el dominio soberano de la razón, porque precisamente son las pasiones y el corazón los que hacen al hombre fuerte, y no la razón. « ¿Qué es lo que tiene el predominio entre los jóvenes, entre las

mujeres y entre los hombres de todos los estados? ¿quién nos gobierna á nosotros mismos? ¿El espíritu ó el corazón? Nos gobierna el corazón. El corazón, añade, tiene razones que la razón no conoce y la magnanimidad no tiene que dar cuenta á la razón de sus motivos. »

Es un descubrimiento imprevisto en aquel siglo de espíritus razonadores y abstractos, el descubrir á un filósofo enamorado del sentimiento y de la pasión. « Debéis saber tomar, dice, resoluciones extremadas ». « Si tenéis alguna pasión que eleve vuestros sentimientos y os haga más generoso, cuidadla con cariño » Juzga la acción necesaria: « ¡Pero sobre todo atreveos, tened grandes proyectos! Si fracasáis, ¿qué importa? ¿Acaso la misma desgracia no tiene sus encantos hasta en los casos extremos? » La resignación estoica y resistente á los sufrimientos del corazón ó del cuerpo eleva al hombre más que la gloria, y transporta al alma más aún que la felicidad. Hay cierta gallarda desenvoltura en este desafío á la desgracia y al mal. Nunca se llorará bastante á Vauvenargues.

Toma de los estoicos su concepción del mundo y su idea de la virtud y prescinde de lo que le parece en ellos duro y orgulloso. La energía no excluye según él la humanidad: « El hombre rígido, dice, el hombre de una pieza, lleno de máximas severas y embriagado de su virtud..., le destesto y huyo de él. » Y Vauvenargues demostró suficientemente con su propio ejemplo que un sabio puede ser humano y dulce.

Porque en todo este libro de las *Máximas*, no es un ideal lo que el autor imagina, sino que nos refiere la historia de su alma. Su libro es una confidencia. La sinceridad se revela en la emoción del lenguaje. Es uno de los encantos de esta obra única en su tiempo. Pueden reprocharse al escritor algunas debilidades; pero no es posible dejar de sentir admiración sincera hacia un joven tan serio y tan lleno de ardor.

Voltaire mismo, en su sequedad, se sintió un momento reanimado con el contacto de aquella afección y escribió estas líneas que revelan una cariñosa emoción: « Ya no existes, dulce esperanza del resto de mis días. Abrumado por los sufrimientos dentro y fuera, privado de la vista, perdiendo cada día algo de ti mismo, no eras enteramente desgraciado sino gracias á un exceso de virtud, la cual no te costaba ningún esfuerzo. ¿En virtud de qué prodigio, llegaste á poseer, á los veinticinco años, la verdadera filosofía y la verdadera elocuencia sin otro estudio que el auxilio de algunos buenos libros? ¿Cómo pudiste emprender tan alto el vuelo, en el siglo de las pequeñeces? » Hombres como Vauvenargues son la gloria de su tiempo y el triunfo de la voluntad.

En el partido de los filósofos, hubo hermosos caracteres. Acabamos de ver á Vauvenargues. Hallamos otro en Condillac (1715-1780). No se alistó entre los enciclopedistas militantes, pero pensó para ellos. Con-

servaba los principios de la filosofía espiritualista, la ley moral y la idea de la providencia, pero tenía una teoría nueva del conocimiento, de que se apoderaron los enciclopedistas arreglándola á su manera. Tenía amistad con Diderot y d'Alembert, y éstos podían considerarle como de su partido.

Condillac expuso sus ideas en el *Ensayo acerca del origen de los conocimientos*, y el *Tratado de las sensaciones*. Ambos libros, de claridad limpida, tuvieron el mayor éxito hasta entre los profanos. Condillac se convirtió en jefe de una escuela « el sensualismo ». La gran novedad de ese sistema, la propoición que lo resume y de que se deduce todo el resto, es que toda idea proviene de los sentidos. Las facultades del alma no son sino sensaciones transformadas. No hay más que un solo hecho psicológico : la sensación. Dada ésta, Condillac cree poder obtener, modificándola ligeramente, todas las demás operaciones del espíritu. Para ilustrar esta noción, recurre á una ingeniosa y famosa hipótesis, la del hombre estatua. Imagina una « estatua organizada interiormente como nosotros y animada de un espíritu « privado de toda especie de ideas ». Supone después que se quita sucesivamente la envoltura de mármol que cubría cada uno de los sentidos, empezando por el olfato y acabando por el tacto. Nos traza la novela de las sensaciones que van despertándose en el alma de la estatua, en el orden indicado. Crean poco á poco su conciencia y, con sus solas combinaciones, dan origen á todas las facultades. El único hecho de hacer al hombre sensible á las influencias exteriores, basta para determinar en él « ideas, deseos, hábitos y habilidades de toda especie ».

La teoría era seductora á causa de su sencillez. Los enciclopedistas la adoptaron, pero dedujeron de ella consecuencias que Condillac no había previsto, animado por su fe religiosa. El pensamiento se vió subordinado al mundo material, la ley moral resultó vana y vacía y el sensualismo de Condillac fué el padre inconsciente de los más grandes errores.

Todos los hasta ahora citados son hombres tranquilos. Hubo también exaltados, como La Mettrie, Helvecio, d'Holbach, Morellet, los espíritus fuertes, los campeones del materialismo militante, de la amoralidad y del ateísmo.

Cuando Voltaire llegó á la corte de Prusia, encontró allí á La Mettrie. Este mediquillo de Saint-Malo se había lanzado de cabeza al materialismo y había publicado en la Haya una « historia natural del alma » que figuraba entre los grandes escándalos de aquel siglo. Desdeñado por todos y amenazado de arder en una hoguera, creyó de buena fe que la corte de Prusia era el asilo de la libertad, y en ella se refugió. En el primer momento Federico se divirtió con él, pues La Mettrie era un excéntrico de mucho ingenio. El rey, que le había nombrado su

lector, hacía que le leyera la *Historia de los Milagros* y ambos pensaban morirse de risa. Pero, como todos los que habían creído en las promesas de Federico II, la Mettrie no tardó en encontrar la libertad y los honores de Postdam más pesados que la persecución de París, « Este hombre tan alegre, escribía Voltaire, y que pasa por reírse de todo, llora á veces como un niño de verse aquí. » Era cierto, y Voltaire no tardó en saber muy pronto la razón.

Aquel pobre La Mettrie tuvo una muerte burlesca como su vida ; habiendo apostado que se comería él solo un enorme pastel de faisán, tuvo una indigestión que se lo llevó al otro mundo. Enterraronle, dice Voltaire, en una iglesia « cosa que debió causarle bastante admiración. »

Helvecio (1715-1771) fué el « enfant terrible » del partido filosófico. Llevó hasta el extremo las ideas filosóficas de sus amigos, é imprimió con candor lo que nadie se atrevía aún á decir por lo bajo.

En su libro *el Espíritu*, arruinaba la moral, « ciencia frívola » que no tiene más principio que el interés de los gobernantes.

Y lo creía así. El viejo Fontenelle decía : « Estoy espantado de la convicción que veo reinar en torno mío ».

Rico y bien visto en la corte, Helvecio había publicado su libro con su nombre al frente. Fué perseguido, lo cual le causó gran extrañeza.

El Espíritu no debió su éxito sino al escándalo y á algunas historietas. Helvecio no es ni gran pensador, ni gran escritor, pero tenía un carácter encantador y hacía excelente uso de su fortuna.

Era generoso hasta con individuos de perversa indole ; sus amigos le echaban en cara sus larguezas : « si yo fuese rey, decía él, les impondría correctivo ; pero como no soy más que rico y ellos son pobres debo socorrerlos. »

D'Holbach (1723-1789) no es más profundo que Helvecio y vale menos aún.

Llevó el materialismo hasta sus últimos límites. Como Diderot, empezó por el deísmo, en que se detiene Juan Jacobo, y fué á parar al ateísmo absoluto. Su libro principal el *Sistema de la Naturaleza*, que aplicaba á la moral, exagerándolas, las ideas de Condillac, es conocido por el verso que inspiró á Voltaire :

Que dis-tu de ce livre ? — Il m'a fort ennuyé¹.

D'Holbach escribió además el *Sistema social y la Moral del hombre*, obras del mismo género, fastidiosas y llenas de declamaciones. Pero este barón alemán, verboso, de pesado ingenio, no dejaba de ser un conversador agradable y el mejor de los amigos. Tenía, como Helvecio,

1. ¿Qué dices de ese libro ? — Me ha fastidiado en grande.